

LA LLAMADA DEL REY ETERNO

Segunda Parte

2026

Meditación (día 17)

Hemos comenzado en estos Ejercicios Espirituales las Meditaciones que llamamos de Segunda Semana, y éstas se abren con «La Llamada del Rey». En la anterior Meditación nos fijábamos sobre todo en dos aspectos de esta reflexión. Por un lado, la petición que le hacemos al Señor: que no sea sordo a tu llamamiento, sino presto y diligente. Y, por otro lado, cuál es esa llamada que nos hace Jesucristo, Rey y Señor Universal: **[95]** *Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria.*

Hay dos aspectos a este respecto que ya señalábamos anteriormente, pero que ahora podríamos profundizar un poco en ellos.

El primero es cómo Jesús siempre ha querido contar con colaboradores. Lo hizo ciertamente en Su Vida terrena, en la que llamó a los Apóstoles personalmente para que lo siguieran —«*Ven y sígueme*» (**Mc 10, 21**)— y en la que algunas veces también requirió de la colaboración de unas personas para ayudar a otras personas.

Podéis recordar por ejemplo ese pasaje en el que los amigos de un paralítico llevan a su amigo en una camilla, lo suben a un techado y lo descuelgan ante la vista de Jesús para que Jesús lo vea y lo cure. O podéis recordar, por ejemplo, en **Juan 6, 9**, cuando Jesús tiene delante de sí a una multitud de personas que se iban a marchar a casa con el estómago vacío y Jesús quiere hacer para ellos un milagro, que es la **multiplicación de los panes**, pero lo hace no creando de la nada panes y peces u otro tipo de almuerzo, de comida, sino que lo hace preguntando «¿Qué tenéis?». Les dice a los Apóstoles: «*Dadles vosotros de comer*». (**Lc 9, 13**). Y ellos le dicen: «Eso es imposible para nosotros, aquí sólo hay un muchacho que tiene cinco panes y dos peces»; y Jesús, tomando eso que le dan —esos cinco panes y dos peces— aunque parezcan poco, con eso hace el milagro.

De modo que el Señor está pidiendo que den lo que tienen, aunque les parezca poco, que cada uno aporte lo que pueda, aunque le parezca que eso es irrelevante, y Él se ocupa del resto, Él se ocupa de hacer el milagro de la multiplicación. Así ocurre en la obra de la redención. Es Jesucristo quien hace el milagro de la salvación de las almas, Él es Quien lleva la Iglesia y Quien hace que ésta dé fruto, pero para eso requiere de nuestra colaboración, que cada uno de nosotros pongamos lo que tenemos, que demos lo que somos, que hagamos aquello que seamos capaces de hacer.

Y un segundo aspecto, que también subrayábamos anteriormente, es cómo la obra de la redención tiene dos etapas: una de ellas fue la vida terrena de Cristo, los años

aproximadamente treinta y tres que Jesús pasó corporalmente en este mundo; y la segunda etapa es cuando el Señor sigue presente en el mundo, pero lo hace especialmente a través de los sacramentos, de un modo eminente en la Eucaristía (Él está vivo y realmente presente); y a través de la Iglesia, Su Cuerpo Místico en la historia.

No sé si todos recordáis el momento en el que San Pablo cayó en la cuenta de este Misterio, y ese momento fue precisamente en el de su conversión. Recordaréis como San Pablo, que había sido educado en la tradición de los fariseos y que pertenecía a este grupo, iba tratando de encarcelar cristianos, pensando que una vez que ya habían acabado con la vida de Jesús, si ahora eran detenidos todos sus seguidores, los cristianos, se acabaría el cristianismo, que a él le parecía que era una secta perniciosa que iba a dividir al pueblo judío.

Él tenía la pretensión de buscar familias cristianas, o sacerdotes, o matrimonios. Cuando iba camino de Damasco una luz le ciega, escucha una Voz que le dice: «*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*» (Hch 9, 4).

Él queda muy impresionado por esta intervención, por esta irrupción en su vida, y pregunta: «*¿Quién eres, Señor?*» (Hch 9, 5). Y esa Voz le dice: «*Yo soy Jesús, a quien tú persigues*». (Hch 9, 5). Quizá para nosotros esta es una frase que hemos escuchado tantas veces que no nos llama mucho la atención, pero para San Pablo eso le dejó en shock, como podéis imaginaros, porque él pensaría: «Pero, ¿cómo me va a estar hablando Jesús si Jesús de Nazaret ya ha muerto en el Calvario? Y, por otro lado, ¿cómo me puede estar diciendo que le persigo cuando en realidad yo no le persigo a Él, a quien considero ya difunto, sino que persigo solamente a sus seguidores, a los que han dado crédito a su doctrina o a sus ideas?». Pero esa Voz le dice esto: «*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*». Saulo de Tarso, a partir de entonces San Pablo, va a comprender este Misterio:

- * Uno: Jesucristo vive hoy, después de su Muerte y Resurrección.
- * Dos: la Iglesia es su Cuerpo, y por eso cuando arrestamos a unos cristianos, le estamos haciendo daño a Él, a Jesucristo.

Saulo de Tarso entiende en ese momento que **Cristo sigue actuando en la historia** y que no lo hace al margen de sus seguidores, sino que lo hace **a través de sus seguidores**. La Iglesia es quien hace presente a Jesucristo en el mundo, la Iglesia es el cauce a través del cual Cristo sigue predicando el Evangelio, santificando el mundo con los Sacramentos, guiando a su pueblo como Buen Pastor. La Iglesia es cauce a través del cual Cristo actúa en el mundo, **la Iglesia es el propio Cuerpo de Cristo**.

La Iglesia no es una institución simplemente, no es un organigrama ajeno a nosotros en absoluto. La Iglesia somos tú y yo, **la Iglesia somos todos los bautizados**, y en la medida en la que vivimos en gracia de Dios, y en la que permanecemos unidos a Él, somos nosotros, ese cauce, esa herramienta de la que el Señor se sirve para llegar al corazón de otras muchas personas. O, dicho de otra manera, que Jesús hoy tiene unos labios que son tus labios, que Jesús tiene hoy unos brazos con los que abraza, que son nuestros brazos, y que el Señor quiere seguir salvando, pero no al margen de ti, sino a través de ti si tú le dejas, si tú quieres colaborar con Él.

En el próximo rato de oración, voy a proponeros que reflexionéis sobre cuáles son las respuestas que podemos dar a esta llamada que nos hace el Rey, a esta llamada que nos hace Jesucristo.

Si en el número [92] de Ejercicios leíamos esa petición que San Ignacio nos anima a hacer, y en el número [95] se nos presentaba esa llamada que hace el Rey, en los números posteriores es en los que San Ignacio nos cuenta **cómo podemos responder** ahora al Señor, en los números [96] y [97].

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Petición:

[91] 2º *preámbulo*. El 2º: demandar la gracia que quiero; será aquí pedir gracia a nuestro Señor, para que no sea sordo a su llamamiento, mas presto para cumplir su santísima voluntad.

POSIBLES RESPUESTAS AL LLAMADO

1- PRIMERA RESPUESTA POSIBLE A SU LLAMADA

[96] 2º *punto*. El 2º: considerar que todos los que tuvieren juicio y razón, offrescerán todas sus personas al trabajo.

Esta es la primera forma que hay de contestar a la llamada del Rey. ¿Y en qué consiste esta? Los que tengan juicio y razón, quiere decir las personas que sean creyentes en Jesucristo, que quieran corresponder al amor que Dios les tiene, pero para quienes la prudencia y la sensatez sea su nota predominante.

Hay personas que piensan: «Yo he nacido gracias a Dios, y se han perdonado todos mis pecados por la Sangre de Cristo; por consiguiente, estoy en deuda con Él. Y por supuesto que, si el Señor quiere contar con mi ayuda, estaré encantado de servirle en lo que yo pueda».

Los que **tengan juicio y razón** quiere decir aquellos que se ofrecen al Señor para ayudarle en lo que en sus circunstancias puedan prestarle como servicio a Jesucristo. Son personas razonables y personas que le ofrecen, le presentan al Señor de corazón algo (su tiempo, su futuro, su vida), con el deseo de que sean aceptadas sus ofrendas, sus ofrecimientos al Señor. **Ofrecer**, ofrecerse a Jesús, esa es la primera manera de contestar a esta llamada del Rey.

Quizás nos puede servir de ejemplo una anécdota que me ocurrió, y es que en el primer pueblo al que fui destinado como sacerdote, uno de los primeros días que estaba ya en el pueblo, una joven por las calles me paró y me dijo: «¿Es usted el párroco nuevo que han enviado a nuestro pueblo?» Y le dije: «Sí soy yo. Mira, tengo la matrícula». Y me dijo: «Pues es que yo he llevado hasta ahora el coro de los niños, y tocaba la guitarra en las Misas del domingo. Si usted quiere, yo puedo volver a hacerlo, puedo seguir haciéndolo. No tiene

más que buscarme. Vivo aquí, a unas manzanas, todo el mundo me conoce, basta con que diga mi nombre y yo estaré encantada en seguir ayudando a la Parroquia de esta manera, cantando y tocando la guitarra en la Misa de los niños y de los jóvenes».

Se estaba **ofreciendo**. Lo que hice, como es natural, es darle las gracias y pensé: «¡Cuánta gente buena hay en este pueblo!, y da gusto que haya gente tan generosa que se ofrece, que está dispuesta a colaborar en la Parroquia de muchas maneras diferentes». Pero no es ésta la única manera de responder a la llamada del Rey.

Como aquella chica, cada uno podría ofrecerse a Jesús para ayudarle en la obra de la salvación del mundo, en ese deseo que Él tiene de llegar a todas las almas, de salvar a todas las personas. Pero no es la única respuesta, os decía.

Cuando me despedí de esta joven y subí las escaleras de la Parroquia y entré en la Iglesia, vi que estaba abierta la puerta de la sacristía y entonces me asomé, entré y me llevé una sorpresa. Me encontré allí un niño, un muchacho, que estaba ya perfectamente vestido de monaguillo para ayudar en Misa. Y entonces le dije: «¡Hola! ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría! ¿Tú quién eres?» Y él se presentó y le dije: «¿Y cómo es que estás aquí?» Y él me respondió de esta manera tan curiosa y tan bonita. Me dijo: «Es que yo soy monaguillo, ¿tú eres el cura nuevo?». Y le dije: «Sí, soy el cura nuevo». «Pues si no me echas —añadió— yo soy el monaguillo». Naturalmente que no le eché y me quedé muy sorprendido, muy impresionado de su generosidad.

Si la primera chica se había ofrecido a que si queríamos la llamáramos para seguir ayudando con la guitarra y el coro, este chico no era simplemente que se hubiera ofrecido, sino que se había **entregado**. Antes incluso de que yo le pudiera pedir ayuda, él ya se había presentado allí. Él había entrado en la sacristía porque le había abierto la sacristana, se había revestido, y estaba simplemente esperando a que empezara la Misa. No era un chico simplemente que se ofrecía, era un chico que ya estaba entregado. «Si no me echas, soy el monaguillo», me dijo.

Con otro ejemplo quizá se entienda mejor la diferencia entre **ofrecerse** y **entregarse**.

Podemos tener un amigo que a lo mejor tenga su coche averiado y queremos ayudarle, queremos que no se quede sin comunicarse, sin poder trasladarse al trabajo o a casa de sus familiares. Y podemos hacerlo de dos maneras diferentes. La primera sería decirle: «Oye, si te hace falta, yo te puedo prestar mi coche, no tienes más que enviarme un WhatsApp o llamarme y entonces te acercas a mi casa, yo te doy la llave y con eso puedes moverte el tiempo que lo necesites».

Eso sería **ofrecerle** nuestra ayuda y sería un gesto valioso de amistad y de generosidad. Pero hay otra manera de ayudar a un amigo en esas circunstancias y es acercarnos nosotros a su casa y decirle: «Toma. Esta es la llave de mi coche, te la quedas; y cuando ya arregles el tuyo, ya me la devolverás». Y él podría decirnos: «Oye, no te molestes, no es necesario». «¡Que sí! La llave te la quedas. Cuando ya no te haga falta, entonces ya nos veremos y me la devolverás».

Esta es la diferencia entre **ofrecer algo** que el otro puede solicitar y utilizar, o **entregar algo**, y es que quien lo da, ya lo da por perdido y ya sabe que renuncia a ello en adelante.

San Ignacio entiende que estas son las dos maneras posibles —se entiende que en un católico que ame mucho a Dios— de responder a la llamada del Rey.

El Señor nos ha dicho: «Mi anhelo es conquistar el mundo entero»; y entonces comienza San Ignacio diciendo: «(algunos) *offrescerán todas sus personas al trabajo*». Estos son los que le dirán al Señor: «Si puedo ayudarte en algo, ya me dirás en qué. Si lo que te hace falta, Jesús, son Catequistas, que el Párroco de mi Parroquia los pida en la Misa del domingo y entonces yo me ofreceré. O si lo que tú necesitas, Señor, para la extensión del Evangelio es —qué sé yo— más sacerdotes o más religiosas, o lo que tú necesitas es la colaboración económica de las familias cristianas, que nos lo pida el Obispo o el Papa, o que nos lo pida el Párroco en la Misa, y yo me daré por aludido y me ofreceré para eso que me solicita la Iglesia, que entenderé que eres Tú el que me lo solicitas a través de la Iglesia».

Eso es ofrecerse y está muy bien, y hay muchas personas —quizá la mayoría de los que hagáis este rato de oración— que salgáis de este momento con la determinación de ofrecer al Señor. «Señor, yo te debo todo lo que tengo y lo que soy y, por eso, si en adelante quieres servirme de mí, quieres que yo te ayude en algo, no tienes más que mostrarme en qué, cómo y cuándo. Me pongo a Tu disposición, me ofrezco a Ti». Pero no es la única respuesta posible.

2- SEGUNDA RESPUESTA POSIBLE A SU LLAMADA

[97] 3º *punto*. El 3º: los que más se querrán *affectar* y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal, no solamente *offrescerán* sus personas al trabajo, mas aun haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblacones de mayor estima y mayor momento¹, diciendo:

San Ignacio de Loyola dice que «*los que más se querrán affectar y señalar*» en servicio de su Creador y Señor, ¿a quiénes se refiere? A los más valientes, a los más generosos; se refiere a aquellas personas que, viendo a Jesús Crucificado, piensan: «Yo no puedo quedarme esperando hasta que el Señor me pida algo, sino que me voy a adelantar, **me voy a entregar**».

Esos, dice San Ignacio, [97] «*harán oblacones de mayor estima y momento*». Y eso, ¿qué significa? Harán entrega de sí mismos, se entregarán al Señor con generosidad antes de que Él les pueda pedir nada.

San Ignacio nos incluye en este número [97] al que se hacía alusión, la fórmula con la que él se entregó a Jesucristo. Es una fórmula preciosa que dice así:

[98] Eterno Señor de todas las cosas yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y sanctas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra sanctísima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado.

¹ importancia.

Imitaros en pasar toda pobreza espiritual, así como material si es vuestro deseo, y también pasar por oprobios y menosprecios con tal de que de esta manera pueda serviros mejor, con tal de que de este modo pueda agradarte más y colaborar más Contigo en Tu obra de la redención. La oblación de San Ignacio es una belleza.

En el fondo, ¿qué es lo que está haciendo San Ignacio? Está diciéndole al Señor: «No tengo del todo claro qué es lo que quieres de mí en el futuro, qué es lo que quieres pedirme, qué es lo que deseas de mí; pero yo por si acaso **ya me doy a Ti del todo y para siempre. Me entrego a Ti.** Quiero ser Tuyo, quiero que dispongas de todo lo que tengo y de todo lo que soy, de mi presente y de mi futuro, y quiero emplear mi vida a partir de ahora en **ayudarte en esa tarea de la redención del mundo.**»

Como veis, esta segunda manera de responder a la llamada del Rey es muy fuerte, es en el fondo entregarnos al Señor. Es en el fondo renunciar a la posesión de nosotros mismos, es darnos a Jesús por completo y para siempre, y es expresarle al Señor nuestro deseo de ser aceptados a su servicio, y de que nuestra vida a partir de ahora quede ya del todo consagrada a su servicio, a su alabanza, a colaborar con Él.

Naturalmente que nadie está obligado a responder al Señor de una manera o de la otra, sino que esta respuesta ha de brotar, a de salir de un corazón libre y de un corazón generoso que siente gratitud, agradecimiento al Señor por todo lo que Él hace y ha hecho por nosotros; y cuando cada uno quiera, puede responder al Señor como prefiera.

Como veis este momento de Ejercicios es un momento muy importante; quizá de los más importantes porque es el momento de decidirnos por Cristo. Tú y yo hasta ahora hemos creído en Dios, somos católicos, estamos bautizados; incluso quizá estás en un grupo de la Iglesia, en un movimiento en una Parroquia, en una comunidad. ¡Excelente! Pero no sé si hasta ahora te has puesto delante de Dios y escuchando esto que Él te dice, que su ilusión más grande es salvar a todas las almas, le has respondido: «Cuenta conmigo, Jesús». Éste momento es un momento que puede determinar tu vida en lo sucesivo.

Decía el San Papa Pio XII: «La salvación de muchos depende de la fidelidad de unos pocos»². Y podríamos añadir: «y de la generosidad de unos pocos». Ciertamente es así. Lo que cada uno le respondamos al Señor en este día, lo que cada uno le digamos a Jesús que puede hacer con nosotros en adelante, va a marcar nuestro futuro.

Pensad, por ejemplo, en el momento en el que la Santísima Virgen le dijo al Arcángel San Gabriel: «*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*» (**Lc 1, 38**). Eso hizo que toda su vida futura tuviera unas características particulares, únicas en la historia de la humanidad. Ninguna mujer, ningún hombre, ha vivido una vocación idéntica a la de la Santísima Virgen. O pensad la relevancia que tuvo que San Ignacio de Loyola le dijera al Señor «Sí». La evangelización de naciones enteras, el nacimiento de la Compañía de Jesús, la futura elaboración del Libro de los Ejercicios Espirituales, la fundación de innumerables colegios, universidades y parroquias, son el fruto del «Sí» que había dado un hombre.

² SAN PIO XII. *Carta Encíclica Mystici Corporis Christi*, 19, 29 de junio de 1943.

Cuando hay una persona que sinceramente, libremente, generosamente, le dice al Señor: «Me entrego a Ti, quiero ser Tuyo, me doy por completo a Ti»; esa persona será herramienta en las Manos de Dios para que otras muchas conozcan al Señor.

La primera o la segunda manera de responder a la llamada del Rey es la que os aconsejo que cada uno pensemos en darle a Jesús.

Con libertad y al mismo tiempo con generosidad, os animo a poneros delante de Él y a decirle al Señor qué estás dispuesto a hacer por Él, y qué estás dispuesto a hacer por la salvación de las almas.

Ésta segunda manera de la que os hablaba de responder al Señor, es una forma apropiada para las personas que sin miedo, y con un enorme valor y coraje, han entendido que esta vida es en el fondo sólo una antesala para llegar al Cielo, y que no hay mejor manera de aprovechar la vida que entregársela a Jesucristo. Ciertamente no todo el mundo recibe la gracia de comprender esto; y por eso, la primera respuesta sigue siendo buena y positiva. Pero si hay alguno entre vosotros que mirando a Jesús Crucificado no puede responderle de otra manera que diciéndole: «Yo ya para Ti, quiero ser Tuyo, Señor; vivir a Tu servicio y a Tu disposición; que hagas conmigo lo que quieras»; como le dice San Carlos de Foucauld en esa oración preciosa a Dios Padre³: «Padre, me pongo en Tus Manos. Haz de mí lo que quieras. Sea lo que sea, te doy las gracias, lo acepto todo, con tal de que Tu Voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas».

Si hay entre vosotros una sola persona que quizá por primera vez en su vida hoy le responda al Señor de esa manera, el curso de la historia posterior va a ser distinto para la humanidad, **porque cada persona que se entrega al Señor es una irrupción de la Gracia de Dios a través de esa persona en el mundo descomunal.**

Quiero solamente poneros un ejemplo que me llamó poderosamente la atención: Había unos muchachos franceses en un noviciado de jesuitas que se entregaron al Señor, y que haciendo Ejercicios vibraron ante Cristo Crucificado con esta ilusión que tiene el Señor de salvar todas las almas; y entonces por dentro le dijeron al Señor: «Nos ofrecemos a Ti para ser Tuyos, para vivir Contigo, y para vivir como Tú». Entonces se presentaron voluntarios para ser enviados a los indios que estaban en Canadá y que todavía no habían sido evangelizados.

Fueron para allá y les hicieron todo género de tropelías: a uno le arrancaron las uñas, al otro le quemaron un ojo con un carbón ardiendo, al otro intentaron despellejarlo. Fueron tremendamente crueles estos iroqueses con los misioneros jesuitas del Canadá. Pero vivían tan encendidos de amor al Señor y tan deseosos de entregarse a Él sin reservas, sin límites, sin condiciones, que cuando pudieron escapar de aquel tormento y volvieron a Francia y fueron curados durante unos meses de convalecencia, les preguntó su Superior: «Y ahora que ya os habéis curado, qué voy a hacer con vosotros, si tú has perdido un ojo, si el otro ha perdido un dedo, si estáis hechos un «Ecce Homo»; y todos ellos le dijeron: «¿Sabe qué debe hacer con nosotros? Enviarnos de nuevo a los indios del Canadá». El Superior quedó perplejo y les dijo: «¡Estáis locos! ¡Habéis perdido la cabeza! ¿No habéis visto lo que han

³ SAN CARLOS DE FOUCAULD, *Oración de Abandono*, 1896.

hecho con vosotros? ¡Os matarán!». Y ellos con gusto dijeron: «Por favor, déjenos volver. Estamos deseando entregarnos hasta la última gota de nuestra sangre por la salvación de aquellos indios».

Iroqueses, algonquinos, hurones, recibieron a estos misioneros. Una de estas tribus, la de los hurones, se convirtió por completo, se hicieron bautizar; y finalmente otra de estas tribus los martirizó. Son San Isaac Jogues y sus compañeros mártires, San Juan de Brébeuf y otros jesuitas; y han pasado a la historia como unos de los Santos más generosos y más valientes de la Iglesia, y de la historia de la Iglesia en América.

¿Por qué pudieron amar hasta el extremo a Jesucristo? Porque el Señor les había encendido el corazón y porque ellos ya estaban acostumbrados a que con motivo de los Ejercicios Espirituales —como estamos haciendo ahora nosotros— se habían entregado ya muchas veces a Jesús diciéndole: «Soy Tuyo y quiero vivir del todo para Ti».

Vamos a darle en este próximo rato de oración al Señor, nuestra respuesta. Él cuenta contigo. De modo que sea que te ofrezcas o que te entregues, tú le servirás de ayuda para que otros muchos puedan llegar a conocerle. Él quiere llegar a todos los rincones de la tierra y quiere que no nos quedemos de brazos cruzados, sino que le ayudemos en esta obra de la redención que Él ha puesto en marcha.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Gloria al padre y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.